

mundo. Y ¿cuál es el pensamiento del papado? Inútil es recordar las lamentaciones de los soberanos pontífices acerca del espíritu de la época. ¿Cuál es, pues, el ideal de los papas? Nosotros los llamamos los hombres del pasado, y, en efecto, no viven en el siglo XIX. Educados en una atmósfera artificial y apartados de la sociedad, los clérigos no conocen más que la teología y el derecho canónico. En cuanto á la filosofía, si es que de filosofía se puede tratar en los seminarios, tiene la misma fecha; á lo más es la *Suma teológica* la que se enseña á los futuros ministros de Dios. Y no vayáis á decirles que lo que convenía en el siglo XIII ya no conviene al XIX; la Encíclica os advertirá que estáis en un error funesto (1), y que hay que volver á la escolástica. ¿Y qué es la escolástica? Los doctores de la Edad Media eran grandes discutidores y lo discutían todo, hasta la existencia de Dios, por más que siempre concluyesen en favor del dogma católico. ¿Qué papel representaba la razón en aquellos debates? La filosofía era la servidora humilísima de la teología, lo cual quiere decir que no había tal filosofía, á menos que se sostenga que es libre el pensamiento cuando está cargado de cadenas.

Pues hé aquí la doctrina profesada por Pío IX; escribe á los obispos del imperio de Austria y les dice: "La Iglesia católica enseña la verdad y disipa las tinieblas de la ignorancia con los destellos de su luz; si alguna vez se puede emplear la ciencia humana para el estudio de los oráculos divinos, no por eso la razón debe usurpar orgullosamente el derecho de enseñar como maestra, sino que debe obrar como una servidora obediente y sumisa, por temor de extraviarse al andar y perder el recto sendero de la verdad," (2). De este modo, el papa no rechaza la ciencia ni la filosofía, sólo que la razón debe someterse á la fe. Y eso, ¿en materia de religión solamente? La *Civiltà Cattolica* nos dará el comentario de las palabras de Pío IX. Por de pronto, no hay que creer que la máxima de que la razón es la servidora de la teología data de las tinieblas de la Edad Media, viene de los Santos Padres; es, pues, una verdad eterna, casi un dogma, porque significa que la teología procede de Dios, mientras que la filosofía es la obra de los hombres.

(1) *Syllabus*, art. XIII (*Diario histórico*, t. XXXI, p. 493).

(2) *Breve de Pío IX á los obispos del imperio de Austria*, del 17 de Marzo de 1856 (*Diario histórico*, t. XXIII, p. 162).

De este modo, la máxima no se aplica solamente á la filosofía; el Angel de la Escuela dice "que la teología debe mandar á todas las ciencias," (1). ¿Cuál es, en definitiva, la misión de la razón, de la filosofía y de la ciencia en general? Los jesuitas responden que la filosofía debe explicar el camino á la teología, que la debe suministrar argumentos y analogías para hacer que la razón acepte las verdades reveladas (2). ¡Pobre filosofía! Héla aquí reducida á forjar los hierros para que se la encadenen, ni más ni menos que se emplea á los presidiarios en construir sus prisiones.

Pero no es eso todo; hay filósofos, hay hombres de ciencia que han permanecido católicos y que creen con toda humildad las cosas que han sido definidas por la Iglesia como dogmas, pero que sostienen la libertad de pensar y de enseñar en las materias ajenas al dogma. ¿No basta eso para ser plenamente ortodoxo? No, dice la Encíclica (3). ¿Pues qué más hay que hacer? Hay que someterse, escribe Pío IX á los sabios alemanes, congregados en Munich, hay todavía que someterse á todo lo que la tradición enseñe, aunque no se trate de artículos de fe. Y aun no basta eso; los católicos que se dediquen á las ciencias especulativas deben aceptar y respetar las decisiones doctrinales que emanen de las congregaciones romanas. Una sumisión entera, absoluta, dice el papa, es el único medio de asegurar el verdadero progreso de la ciencia (4). ¡Qué admirable solicitud en favor del progreso científico! ¡Y que aun se diga que las momias que dominan en Roma son oscurantistas! Todavía hay allí cardenales que deciden que el sol gira alrededor de la tierra. Por consiguiente, es preciso que Galileo se retracte y que Descartes se calle.

Los Alemanes son muy afectos á la libertad de la ciencia. Hasta el día no han disfrutado otra gloria más que la del pensamiento; y como ninguna hay más bella ni más pura, se concibe bien que la amen tanto. Condenar la libertad de la ciencia es arrancar á la Alemania el alma de su alma. El obispo de Maguncia, uno de los preladados que militan en la reacción, escribió antes de la publicación

(1) «Theologia debet omnibus scientiis imperare» (*Prolegom. in lib. I, sentent.*, art. 1).

(2) *Civiltà Cattolica*, serie 3.ª, t. V, p. 201.

(3) *Syllabus*, art. XXII (*Diario histórico*, t. XXXI, p. 496).

(4) *Breve de Pío IX á monseñor el arzobispo de Munich*, sobre el congreso de los sabios católicos de Alemania (*Diario histórico*, t. XXX, p. 604; t. XXXI, p. 10).

de la Encíclica un folleto que tuvo grandísima resonancia; á la vista tenemos un ejemplar de la sexta edición, edición popular. El folleto tiene por título *Libertad, Autoridad, Iglesia*; Monseñor Ketteler se indigna por las acusaciones que se lanzan en las universidades alemanas contra el catolicismo, al cual se declara hostil á la ciencia é incompatible con la libertad de que deben gozar los catedráticos y los escritores. Y monseñor, antiguo oficial de caballería, que ha conservado de su primera profesión cierta valentía de lenguaje que se parece á la franqueza, prorrumpen en exclamaciones, diciendo que es una calumnia, que es una injuria, que es una preocupación y una sinrazón (1), y no comprende que se diga que un católico no puede ser un hombre de ciencia (2). Nosotros creemos de buen grado en la sinceridad de esa indignación; ese mismo es el parecer, ó mejor dicho, la ilusión de un católico sincero á quien nos complacemos en citar, por más que no participemos de sus creencias. La libertad de examen constituye el alma misma de la filosofía, dice M. de Sacy: "¿Se la quiere sujetar á ciertos dogmas? Pues se la quita toda autoridad. Se formará un sofista al que se le encargue hacer un discurso en favor de una causa cualquiera, pero que á nadie inspirará confianza," (3).

La libertad de filosofar lleva consigo el peligro del error. Y ¿qué dice la Encíclica de esa libertad? Pío IX dice que es una *falsa libertad*, y escribe al arzobispo de Munich que debe inculcar á todos los sabios católicos la necesidad de evitar cuidadosamente las novedades profanas: "Que pongan todo su conato en adquirir la verdadera sabiduría cristiana y católica, y de esa suerte desenvolverán el tesoro de verdades que Dios ha puesto en la creación," (4). ¿Cómo se adquiere la verdadera sabiduría cristiana y católica? Con el catecismo, y si se quiere un aparato de ciencia en apoyo de la sana doctrina, ahí están los doctores escolásticos, y ante todo, Santo Tomás. ¿Qué pensará M. de Sacy de esa maravillosa libertad? Justamente es la filoso-

fía encadenada, que no le agrada á ningún precio. ¿Y dirá todavía monseñor Ketteler que las universidades alemanas calumnian al catolicismo al declarar que es incompatible con la libertad de la ciencia? Sí, la ciencia tiene la libertad de conformarse con el catecismo romano.

## IV

Cuando apareció la Encíclica, un clamor general se hizo oír en todo el mundo civilizado: el de que era una declaración de guerra contra todas las ideas y contra todos los sentimientos que constituyen la humanidad moderna. Pero ¿quién triunfará? También sobre este punto fué unánime la respuesta. ¡Ciega obstinación, se decía, la de luchar contra el espíritu del tiempo, porque ese espíritu es el espíritu de Dios! Los librepensadores se alegraron mucho de ese acto de locura. La bula de Pío IX venía en apoyo de todo lo que ellos repugnan y censuran; ellos dicen que el catolicismo es la religión de lo pasado y que es hostil á todas las tendencias y á todas las aspiraciones de la civilización moderna. Y hé aquí que el papa, ese vicario infalible de Dios, les da la razón declarando desde lo alto del Vaticano que el papado no transigirá jamás con la libertad ni con la soberanía de las naciones. Los católicos mismos se conmovieron: aquellos á quienes queda todavía algo de buen sentido se afigieron grandemente, y hubo más de uno que en la intimidad reprobó el manifiesto del santo padre. La Encíclica se dirige sobre todo á los católicos que pretenden conciliar el catolicismo con la libertad y la civilización, y la situación de éstos se hizo grandemente embarazosa. Ellos no podían rechazar ni resistir abiertamente la Encíclica sin caer en el cisma, y tampoco podían callarse, porque victoriosos sus adversarios, los acosaban todos los días obligándoles á que se explicaran. ¿Qué hacer en tal caso? Se echaron por la calle de en medio, diciendo con cierta audacia que el papa no había tenido el pensamiento de condenar el verdadero liberalismo ni la verdadera civilización. No sabe uno si reirse de ese golpe de audacia ó censurarles por él. En el crítico momento, y durante el calor de la lucha, los librepensadores calificáronlo de impudencia: "Se indigna uno al ver esas habilidades, escribía M. Scherer; el alma respira no sabemos qué olor malsano en medio de esas argucias y equi-

(1) «Es ist gar nicht möglich, uns Katholiken eine grössere Lüge und eine schwerere Beleidigung in's Angesicht zu werfen.» KETTELER, *Freiheit, Autorität und Kirche* (Mainz, 1869), p. 18.

(2) KETTELER, *Freiheit, Autorität und Kirche*, p. 101.

(3) DE SACY, *Variedades literarias, morales é históricas*, t. II, página 53.

(4) *Breve de Pío IX al arzobispo de Munich* (*Diario histórico*, tomo XXXI, p. 11 y siguientes).

vocos, y no parece sino que combate uno con el genio de la escolástica y del probabilismo. Bien se ve que entre ese mundo de la Iglesia y el nuestro, entre esos productos de seminario y la sociedad actual, no existe nada de común, ni aun siquiera el principio de la rectitud y el gusto por la verdad,, (1).

Duras son esas palabras, es verdad; pero se va á ver si los apologistas de la Encíclica las merecían; ora se condenen ó ya se tomen á risa, esos esfuerzos por conciliar lo inconciliable ofrecen un espectáculo aleccionador; y el embarazo en que se encuentran prueba mejor que todo cuanto nosotros pudiéramos decir lo desesperado de su causa. Uno protesta que Pío IX no hace política, sino teología (2). Otro distingue, diciendo que el papa hace política y no la hace. No la hace, dice monseñor de Ségur: "Si en la Encíclica del 8 de Diciembre habla el papa de política, no lo hace sino bajo el punto de vista religioso, bajo el punto de vista de la verdad cristiana, bajo el punto de vista de la conciencia y del bien de las almas, y bajo ese punto de vista, la política ya no es política, es moral pública, es religión., De este modo el papa no hacía política, pero también es verdad que la hacía, dice el mismo monseñor de Ségur, y tiene el derecho de hacerla. "El papa, no solamente tiene el derecho, sino el deber de hablar de *todo* al pueblo cristiano. Y es el mismo monseñor el que subraya la palabra *todo*. ¿Qué más se necesita para tappar la boca á los adversarios de la Encíclica? Añadamos con monseñor que todo lo que el papa manda y todo lo que condena es mandado y condenado por Dios (3).

Las que acaban de hablar son lenguas inspiradas por el Espíritu Santo. ¿Es la verdadera verdad la que dicen? No; hé aquí á los doctores de la *tesis* y de la *hipótesis* que nos van á enseñar lo que el papa ha querido decir. El papa hacía política y tenía el derecho de hacerla; condenaba todas las libertades consignadas en nuestras constituciones, y hacía muy bien. Pero no os asustéis, eso no es más que una *tesis*, ó, como si dijéramos, un ideal, ó sea la verdad absoluta. Pío IX sabe muy bien

(1) SCHERER, en el *Temps* del 28 de Febrero de 1865.

(2) EL OBISPO DE CLERMONT, en el *Journal historique et littéraire*, t. xxxii, p. 13.

(3) M. DE SÉGUR, *Objeciones populares contra la Encíclica*, páginas 7 y 6.

que lo que es verdad en el séptimo cielo no lo es en la tierra en que habitamos; esta es la *hipótesis*. El santo padre no se cuida de reprobar las libertades constitucionales en el sentido de que un católico no pueda aceptarlas; las censura en *tesi* y las respeta en *hipótesis*. A ejemplo suyo, pueden también los católicos tratar de *delirio* la libertad de conciencia: esta es la *tesis*, y pueden, sin embargo, jurar fidelidad á una constitución que consagra ese *delirio*. Bien entendido que la fidelidad durará tanto como dure la *hipótesis*; y la Iglesia ya procura hacer toda clase de esfuerzos para que la *hipótesis* se cambie en *tesis*; y como las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, es indudable que la *hipótesis* dejará su sitio á la *tesis*; es decir, que la libertad será destruída y la Iglesia reinará sobre sus ruinas (1). Hé aquí un bosquejo de las habilidades y sutilezas que M. Scherer califica de fraude y de mentira. ¿Se excede acaso en la calificación?

Todavía no hemos oído á monseñor Dupanloup, el más ferviente defensor de la Encíclica (2). Los adversarios de la santa sede, dice él, se han apoderado de la Encíclica como de un arma de guerra, y la exageran y la desfiguran para calumniar al papa. Según el obispo de Orleans, "se ha desnaturalizado la bula de Pío IX para echar abajo la dominación temporal del papado. Los enemigos del catolicismo, obcecados por la pasión, ni aun siquiera se han tomado el trabajo de estudiar la Encíclica y la han entendido zurda y falsamente y contra el buen sentido., Este preámbulo basta ya para descubrir la táctica de monseñor, que, como hábil abogado de una causa desesperada, se aprovecha de las imprudencias de la parte contraria, y las abulta hasta el punto de formar monstruos; así se proporciona la ocasión de hacer bellas frases, y monseñor no deja de aprovecharse de ella, como que es académico. Hé ahí por qué mezcla el convenio para la evacuación de Roma con la Encíclica, lo cual le permite escribir largas páginas acerca de las usurpaciones del Piamonte, y así llega á la mitad de su folleto sin haber hablado de la famosa bula. Monseñor hubiera brillado en el foro como

(1) *Beleuchtung der päpstlichen Encyclica, von einem Katholiken*, p. 4 y siguientes.

(2) El Convenio del 15 de Diciembre y la Encíclica del 8 del mismo, por monseñor el OBISPO DE ORLEANS, de la *Academia francesa* (tenemos á la vista la edición 35.ª París, 1865).

abogado de malas causas; pero ¿habría ganado muchos pleitos? ¡Ah! ¡los pleitos no se ganan así, á menos que se trate con jueces ignorantes! Esos son los tribunales ante los que gustan litigar los obispos. Pero la opinión pública no se deja engañar, y sabe aplaudir el talento del abogado y condenar al cliente.

Monseñor tuvo además otra buena suerte de que se aprovechó como hábil abogado: el guardasellos prohibió á los obispos que publicasen la Encíclica. ¡Indisculpable anomalía!, exclama el obispo de Orleans, y arroja un trozo de elocuencia: "Los que eran absolutamente incapaces de comprender bien la bula han estado únicamente en libertad de estudiarla; y se prohíbe hacerlo á los únicos que eran capaces y cuyo derecho y cuyo deber son indiscutibles., Aquí el asombro de monseñor no tiene límites y su elocuencia no tiene fin. Se deja plena libertad á los periodistas: "Y cuando los obispos quieren levantar la voz, cuando quieren desvanecer las equivocaciones y contener el inmenso torrente de mentiras, de errores y de odios que se precipita contra la Iglesia, se les obliga á callarse., Detengámonos: la elocuencia es una cosa muy buena, pero es mejor todavía la verdad. Y ¿quién no ve que las exclamaciones del obispo académico son pura declamación? ¡Cómo! Por prohibir á los obispos que publicasen la Encíclica como una ley de la Iglesia, ¿acaso el ministro de justicia les prohibía que diesen la verdadera traducción y la interpretación ortodoxa? ¡Cómo! ¿Acaso les prohibía combatir en los periódicos católicos contra los periódicos irreligiosos para vencerles de error, de mentira y de calumnia? ¡Oh, sofista! Pues ¿qué otra cosa es lo que habéis hecho, y no sin gran resonancia, con vuestro folleto del cual tenemos ante la vista la trigésimaquinta edición? Si todos los obispos hubiesen hecho otro tanto, ¿cuál no hubiese sido la confusión de los incrédulos? ¿Pues por qué se han ceñido á simples protestas? La opinión pública ha respondido de antemano: porque es más fácil ser impertinente que razonar y probar.

Otra táctica. La Encíclica condena una larga serie de errores que cunden en la sociedad moderna. Se ha reclamado en alta voz contra esas censuras. ¿Será acaso que no existan errores en el mundo? "Hace dos años, dice el obispo de Orleans, mi conciencia alarmada ha lanzado uno de los gri-

tos más dolorosos que las tristezas contemporáneas han podido arrancarme; yo había leído con espanto en los libros más decantados y más extendidos entre la juventud las negaciones más audaces de todas las grandes verdades que forman la base de la sociedad humana no menos que de la religión: no hay Dios, no hay alma, no hay libre albedrío, no hay distinción esencial entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso, no hay vida futura..., Quien no conociese la Encíclica más que por el folleto de monseñor, exclamaría indudablemente con él: "¡Cómo! ¡Estamos rodeados de tantos errores, hay tales miasmas venenosos en la atmósfera en que vivimos y en que respiran nuestros hijos!, Y aun añadiría, con el obispo académico, "que es un bello espectáculo el de ese anciano amenazado más que nunca, y que, en medio del aullido de todos sus enemigos, que le acosan en sus ya reducidos umbrales, olvida todos sus peligros y no piensa más que en levantar su voz para defender el orden divino, el orden moral y toda la sociedad europea contra los monstruosos errores que la amenazan... Si, eso es grande. Si, hay en el papa en este momento algo de admirable.,

¿Á qué se dirige ese magnífico rasgo de elocuencia? A echar, como suele decirse, polvo en los ojos; la expresión es vulgar, pero por su misma vulgaridad caracteriza perfectamente la táctica no menos vulgar de monseñor Dupanloup. ¡Qué! ¿No se trata más en la Encíclica que de los funestos errores que se arrastran por el cieno de la literatura y que la humanidad rechazará siempre con disgusto, sin necesidad de las censuras pontificales? ¡Qué! ¿Es que entre los que han hecho la más ruda guerra á la bula de Pío IX existe acaso un solo escritor de alguna autoridad que haya tomado la defensa de aquellas aberraciones? Entre los errores condenados por el papa están los principios del 89, principios de eterna verdad, escritos en nuestras constituciones y grabados en la conciencia por el mismo Dios. Hé aquí por qué, ¡oh elocuente sofista!, la Encíclica ha levantado un grito unánime de reprobación contra ella. ¡Y nos convidáis á admirar al imprudente pontífice que la ha lanzado! Si algo hay que admirar, es la increíble ceguedad de ese sacerdote que se dice infalible y que condena y estigmatiza verdades de que se alimentan individuos y naciones, haciendo de ellas su pan de vida.

Monseñor Dupanloup llega en fin á la Enciclopedia. ¿Por qué ha sublevado la conciencia general? Porque ataca en su base, que es la soberanía de las naciones, á las sociedades políticas. La cuestión es grave, y merecía la pena de ser discutida. Pues bien, el obispo de Orleáns, que se detiene con complacencia en señalar errores de que nadie se hace defensor, pasa como por cima de las brasas sobre aquellas graves cuestiones; ni una palabra sobre el poder directo ó indirecto del papado; ni una palabra sobre la pretensión que tiene la Iglesia de formar un Estado dentro del Estado; ni una palabra sobre las inmunidades; ni una palabra sobre la libertad eclesiástica, sinónimo de dominación. Una ó dos frases, hé ahí todo lo que encuentra que decir; y aun en estas pocas palabras hay una nueva astucia: monseñor da á entender "que hasta se niega al poder eclesiástico el derecho de procurar la ejecución de sus mandatos por medio de censuras canónicas", é insinúa también que se niega á la Iglesia "el derecho de trazar reglas á la conciencia de sus hijos sobre el uso de las cosas temporales". ¿Es á eso á lo que está reducido el secular debate entre la Iglesia y el Estado?

La Enciclica condena la proposición siguiente: "El pontífice romano puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna". De ahí ha deducido todo el mundo "que el papa se declara irreconciliable con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna". Pues todo el mundo se engaña. Monseñor Dupanloup dice que los adversarios de la Enciclica saben menos que el último de los estudiantes de filosofía en el seminario. ¿Cómo así? Porque no conocen la doctrina de las contradicciones, una de esas distinciones jesuíticas que M. Scherer califica de desleales. Nosotros recomendamos á monseñor otra ciencia, la de los hechos. La historia nos enseñará seguramente, como dice el obispo de Orleáns, "que es una loca fantasía, y peor que eso, una injusticia y hasta una ingratitud suprema el decir que Pío IX condena lo que hay de verdaderamente liberal en el liberalismo". Bien se deja ver que hay aquí una distinción entre el verdadero y el falso liberalismo. Y dicho se está que el falso liberalismo es el de los liberales, el de los filósofos, el de la Asamblea constituyente, y que el verdadero liberalismo es el que se enseña en los seminarios y el que también se practica en Roma. ¿Quién lo hubiera pensado nunca!

Los librepensadores reprochan al catolicismo el ser incompatible con la libertad y con la civilización; no hay más que un medio de tapparles la boca, y es el de probarles, con la historia en la mano, lo que ha hecho la Iglesia por la libertad. Sobre esto, en lugar de hechos, nos da el obispo académico un trozo de elocuencia: "El cristianismo se ha llamado la libertad cuando ha abolido la esclavitud." ¿Y las pruebas, monseñor? ¿Será sin duda el testimonio de San Pablo, que dice á los esclavos que la servidumbre vale más que la libertad? ¿Será tal vez la autoridad de los doctores y de todos los Padres, hasta Bossuet inclusive, que enseñan que la esclavitud es de derecho divino? "El cristianismo, continúa el obispo de Orleáns, ha luchado contra todos los despotismos imaginables, y ha defendido alternativamente á los pueblos contra la tiranía de los reyes, y á éstos contra la anarquía de los pueblos." Esto es de fórmula en vuestro campo, monseñor; pero ¿y la prueba? ¿Sería condenando la *Carta Magna*, sería tal vez haciendo una guerra á muerte á los municipios como habría defendido la Iglesia á los pueblos contra la tiranía de los príncipes? ¿Sería tal vez sublevando las ciudades lombardas contra los emperadores y desligando á los pueblos del juramento de fidelidad como habrían defendido los papas á los reyes contra la anarquía popular?

Después de haber escrito esas frases banales acerca de los beneficios de la Iglesia, exclama monseñor Dupanloup: "Hé ahí cómo se desvanece esa fantasmagoría miserable, ese pueril espantajo de una declaración de irreconciliable antagonismo hecha por el papa á la sociedad moderna." Los ladrones gritan ¡al ladrón! cuando se les sorprende en flagrante delito. El obispo de Orleáns, cuya apología es un tejido de quiméricas fantasmas, exclama también: ¡fantasmagoría!... ¡Qué imprudencia, monseñor! A los ladrones no les sirve gritar ¡al ladrón!, porque se les prende y se les cuelga; sus mismos gritos deponen contra ellos. ¿No teméis que os suceda lo mismo? La causa de la Iglesia debe estar perdida de antemano, cuando un abogado tan hábil se ve obligado á emplear tanta astucia para engañar á sus jueces. Vuestra defensa se volverá contra aquellos que habéis querido defender. Hay todavía una palabra imprudente que se os ha escapado de los labios en el calor de vuestra indignación; escribiendo al *Journal des Débats*

deciais (1): "Se quiere desfigurar á la Iglesia cubriendo sus facciones y su palabra con una máscara grosera, y se la representa irracional, envejecida y odiosa." ¡Cómo! monseñor, ¿os atrevéis á hablar de máscara, cuando estáis al frente de un partido en que todo el mundo está enmascarado? Si, vuestra Iglesia lleva una máscara, y nosotros vamos á arrancársela, es la máscara de la libertad.

## SECCIÓN 2.<sup>a</sup>

### EL ULTRAMONTANISMO Y EL ESTADO

#### § 1.—La idolatría del papado.

##### I

La Iglesia reclama el poder espiritual, y pretende que se lo ha dado el mismo Dios. Hay hombres políticos, hay escritores católicos que la reconocen ese poder; pero no quieren que la Iglesia pretenda ningún poder sobre lo temporal. Esto es aceptar el principio y rechazar las consecuencias, sólo que en los principios hay una fuerza irresistible que triunfa de la inconsecuencia humana. Desde el momento que se admite que Jesucristo, Hijo de Dios, ha dado á su Iglesia el poder espiritual, la necesidad lógica lleva á atribuirle también una dominación directa ó indirecta en el orden civil y político. La historia lo confirma á cada página desde que el cristianismo ha llegado á ser religión del Estado, y nosotros hemos hecho mil veces la observación en el curso de estos Estudios. La reacción ultramontana es la prueba palpable de lo que acabamos de decir. Hay quien se admira y se inquieta por las pretensiones que tiene la corte de Roma en pleno siglo XIX para con los reyes y los pueblos, viendo la audacia singular que respiran el lenguaje y los actos del jefe de la Iglesia. Los escritores protestantes dan á cada paso voces de alarma, y un historiador alemán, sin dejar de ser reaccionario, decía en 1829 que la dominación clerical siendo el mal deseo del siglo XIX (2). Desde entonces el ultramontanismo ha ido en creciendo, y en el día todos los hombres á quienes preocupa la libertad de los individuos y de los pueblos

se aterran de los progresos de una doctrina que hace imposible toda libertad.

También hay católicos que la aman; y cuando se les hace ver la ambición inmortal de la Iglesia, responden que esto es una calumnia ó una locura. "Es indudable, dice el conde de Montalembert, que no se trata de resucitar la Edad Media; esto es bien sabido, y no lo ignoran los mismos que nos arguyen con esa necia aprensión. Sería eso tan imposible como rehacer la Iliada y tan inútil como intentar de nuevo el sitio de Troya." (1). Sea enhorabuena: lo que se teme como un mal deseo es, en realidad, el más necio de los ensueños. ¿Qué haría un Gregorio VII en el siglo XIX? También nosotros creemos que no se resucitan las doctrinas de otra edad, como no se resucitan los cadáveres de los que las han difundido. Pero no nos fiemos demasiado en el poder de las ideas nuevas. Los principios son una abstracción, y los hombres son los que los hacen vivir; para que hagan su camino por el mundo es necesario luchar, y luchar siempre. Y no basta combatir á la aventura; se necesita ante todo conocer al enemigo á quien se quiere vencer. Si queremos que la libertad salga victoriosa de ese duelo á muerte, debemos hacer la guerra, no á las usurpaciones de la Iglesia, sino á la idea misma de la Iglesia. Los católicos, que cuando se habla de la dominación clerical contestan que eso es una antigualla ó que pertenece á la historia, ó son ciegos que rehusan ver claro, ó son cómplices que representan su papel en beneficio de la Iglesia. Que los hombres del pasado alimenten ilusiones ó procuren propagarlas, se comprende bien; pero no se comprende que los hombres del porvenir se tapen los ojos para no ver. Muéstranse muy satisfechos cuando la Iglesia se limita á reclamar su *potestad espiritual* y se contenta con su *libertad*, y no ven que las pretensiones ultramontanas que aterran á los unos y hacen sonreír á los otros son una consecuencia forzosa de esa *potestad espiritual* que ellos admiten de buen grado, y no se aperciben tampoco de que la *libertad de la Iglesia* es una máscara que cubre la servidumbre del Estado y de los individuos. Hay que subir al origen del mal. Si los papas y los obispos han vuelto á usar el lenguaje de los Gregorios y de los Inocencios, es por-

(1) La carta de monseñor Dupanloup se encuentra al fin de su folleto, en la trigésimatercia edición.

(2) LEO.

(1) MONTALEMBERT, *De los intereses católicos en el siglo XIX*, capítulo II.